

Parker, Geoffrey, *Carlos V. Una nueva vida del emperador*, trad. de Victoria E. Gordo del Rey, Barcelona, Planeta, 2019, 990 págs. ISBN: 9788408204770.

Geoffrey Parker desde hace unos decenios está visto por muchos lectores como uno de los gurús de la historiografía sobre temas españoles en su sentido más amplio. Los últimos libros suyos, sus dos biografías sobre Felipe II (la primera versión bajo el subtítulo *La biografía definitiva*, que no la ha sido, porque salió después otra con el título *El rey imprudente*) tienen un hecho en común: son libros muy gordos con más o menos mil páginas, por lo que no son publicaciones que se pueden leer relajado en la cama. Pesan tanto que su lectura provoca dolor en los brazos, sin hablar de una encuadernación que está tan ajustada que cuesta leer sin perder muchas veces los respectivos renglones. En cuanto a estas críticas, la nueva biografía de Carlos V con el mismo formato es muy parecida a las dos sobre Felipe II. Es de suponer que esto no es “culpa” del autor, sino de la editorial, sin embargo una publicación en dos tomos hubiera facilitado mucho más una lectura agradable. Molesta además que si alguien de los lectores estuviese interesado en las notas hay que ir al último tercio del libro, lo que hace la lectura todavía más complicada. ¿Otra decisión de la editorial?

Bueno, estas críticas son muy personales y no tienen que ver nada con el contenido de la obra. Y, es obvio que Geoffrey Parker tiene todavía, aunque ya no es el más joven del gremio de los historiadores, una capacidad de trabajo que se parece mucho a la de sus “héroes” biografiados. Además, demuestra un conocimiento excelente no solamente de las fuentes archivísticas en todo el mundo, repito, en todo el mundo, sino también de todas las obras publicadas sobre Carlos V en los últimos cinco siglos en todas las lenguas de sus dominios tan diferentes, lo que incluye por supuesto también el alemán, una lengua no tan querida y dominada por los científicos de España y una lengua que Carlos V tampoco hablaba, aunque Parker pretende que el emperador dominaba “algo de alemán” (p. 17). Sumando, Parker es un autor más que apto para una biografía sobre Carlos V para un público que lee el español, porque aporta al libro el conocimiento publicado en lenguas no muy dominadas por muchos de los investigadores educados en esta habla. Esto significa un valor indudable del libro. Si no sería así, tendríamos que preguntarnos por qué hay otra nueva biografía de un emperador sobre el que se había publicado tanto, y sobre todo alrededor del año 2000, una fecha redonda que provocaba un sinfín de congresos, actas de los mismos, y muchas publicaciones más.

Sin embargo, las primeras pesadillas se producen ya en la sobrecubierta del libro, donde se puede leer algo que en España se repite desde hace mucho tiempo sin la más mínima reflexión: “Carlos I de España y V de Alemania, emperador del Sacro Imperio Romano, es una figura fascinante [...]”. A lo mejor tiene la culpa de este texto erróneo también la editorial, pero Carlos nunca fue el V de Alemania, sino el V emperador de este nombre del Sacro Imperio Romano. Como el autor de esta reseña ya ha escrito en muchas de sus publicaciones, “Alemania” no se puede equiparar con

el Sacro Imperio, y aunque pueda usarse en un sentido geográfico, el término resulta muy impreciso. La Alemania actual, sin duda ninguna, formaba una parte del Sacro Imperio, pero a este Imperio pertenecieron en la época de Carlos V también enteramente los estados actuales (en orden alfabético) de Austria, Bélgica, Eslovenia, Liechtenstein, Luxemburgo, Mónaco, Países Bajos, República Checa, Suiza, y parte de Croacia, Dinamarca, Francia y Polonia, sin hablar de todos los territorios italianos al norte de los Estados pontificios con excepción de la república de Venecia, que fueron feudos del mismo Imperio. Parker no distingue entre lo que llama “Alemania” y el Sacro Imperio, sino aumenta la confusión, usando el término “Países Bajos” para estos territorios del mismo Imperio que fueron gobernados por Carlos V y que formaron uno de los llamados Círculos Imperiales (hoy día los actuales Países Bajos, gran parte de Bélgica, Luxemburgo y una parte del noreste de Francia). Otro círculo imperial de importancia se llamaba Círculo de Austria, que hoy día sería Austria sin Salzburgo, territorios importantes del sur de Alemania, de Francia oriental y del norte de Italia actuales y además Eslovenia y parte de Croacia. No se entiende por qué Parker usa sin la más mínima reflexión la palabra “Alemania”, aunque hay que quejarse también del uso de palabras como “España” o “Italia”, sin explicar de lo que habla en cada momento concreto. Así, no aporta muchas explicaciones a un público de lectores que a lo mejor no sabe muy bien contextualizar la historia geográfica de Europa en la época de Carlos V, que fue mucho más complicada que hoy en día. Pero a lo mejor el mismo Carlos V no sabía exactamente donde se hallaban sus diferentes territorios, cuando escribió en 1520, “nos dirigimos a Aquisgrán para recibir nuestra Corona imperial [¡!] y proceder desde allí a Alemania y otros territorios más lejanos, para poner orden en el imperio [¡!] y en nuestras propias provincias patrimoniales que hemos heredado a la muerte del difunto emperador Maximiliano” (p. 159). Bueno, dejamos de insistir más en este argumento, aunque hay que mencionar que “el protestantismo en Alemania” (p. 337) duele bastante. La Reforma protestante fue por entonces un problema grave en gran parte de Europa, incluso en los “Países Bajos” gobernados por el mismo Carlos V.

Otros asuntos poco precisos provienen a lo mejor de errores de la traducción. Por mencionar solamente unos ejemplos: es de suponer que el “Consejo General de la Iglesia” (entre otras p. 18, p. 257) tiene que ser el conocido “Concilio” de Trento y Bolonia. A lo mejor el autor nunca ha visto las pruebas de la traducción. Llamar Castilla, Aragón, Cataluña y Valencia “Estado[s]” (p. 81), puede ser también un error de la traducción, sin embargo, hay que echar de menos por ejemplo Navarra en esta mención de diferentes aranceles y puestos de aduana en las distintas partes ibéricas de la monarquía de Carlos V.

Después de hablar de asuntos de alta política, podemos dedicarnos a asuntos de cierta intimidad. Por lo menos el autor de esta reseña hasta hoy día no sabía que el emperador “no se marchaba hasta haber eyaculado tres veces” cuando “se acostaba con una mujer hermosa” (p. 481). Aunque también hay que mencionar que el duque Octavio Farnesio, que se casó con la hija ilegítima de Carlos V, la bien conocida Margarita de Parma, la madre de Alejandro Farnesio, el famoso gobernador de Felipe II en los Países Bajos, “eyaculó cuatro veces” (p. 484). Es interesante leer estos renglones de “suma importancia” en una biografía de Carlos V que tiene el subtítulo *Una nueva vida del emperador*. Pero hay más cosas que merecen una mención, por ejemplo lo que dijo Cersei Lannister a Eddard Stark (p. 107) o la misma a su hijo Joffrey Baratheon (p. 479). Es de dudar si es necesario que se usen como lemas para

el libro lo que dijo aquella reina tan cruel en uno de los episodios de *Juego de Tronos* hace unos años. En este contexto ya no resulta exagerado que en el comentario de la lámina 39 (antes de la p. 505) se pueda leer la explicación que el cadáver de Carlos V se curaba “como se ‘curan’ los famosos jamones de Jabugo”. *De gustibus non est disputandum* (F. E.).

Aunque ha sido necesario criticar algunos puntos de la obra, hay que insistir en que Geoffrey Parker ha escrito un libro interesante e importante que merece una lectura cuidadosa. Sin embargo, a lo mejor la editorial ha pedido una obra pensando mucho en los éxitos de la venta.

Friedrich Edelmayer  
Universidad de Viena  
friedrich.edelmayer@univie.ac.at